

**Nancy Guzmán**

**LA  
JUSTICIA  
AL  
BANQUILLO**

**UNA MEMORIA CORAL SOBRE LOS PROCESOS CHILENOS  
DE RECONCILIACIÓN Y VERDAD (1973-2023)**

 Planeta

## La llegada

*Es difícil hacer un recuento de momentos que han marcado la vida propia y de tantos otros. Las subjetividades se mezclan, los recuerdos confunden, las emociones traicionan. Malos y buenos aparecen como un vaho onírico, distraen, confunden, pero son la vida.*

---

Nancy Guzmán

Una tarde de febrero aterrizó en Santiago. Se acababa el exilio, la nostalgia, las añoranzas de un Chile suspendido en la memoria. Todo había comenzado el día que los sonidos de aspas de helicópteros fracturaron su vida, sin más, escondió en plástico los libros prohibidos y los enterró. A contar de entonces hubo que acostumbrarse al silencio, a la angustia nocturna, a la desconfianza de todo lo antes confiable. Se acababan las llegadas de improviso, sin invitación, como los largos encuentros de ajedrez, las noches de tertulias políticas mezcladas con literatura, la llegada de nuevos amigos de tierras vecinas y lejanas; las reuniones al calor de varias tazas de café, vino pipeño y una cajetilla de cigarros compartida hasta la última chupada; las caminatas para tomar fotografías a puertas, ventanas, niños, ancianos y todo lo que le llamara la atención; las incursiones nocturnas por barrios bravos, mundos ajenos, pero cercanos. Vendrían los allanamientos, la quema de documentos y el traslado de otros, las detenciones, las despedidas, los alejamientos definitivos, las lágrimas por un sueño. Solo quedarían los aromas y los sabores de un tiempo donde cada uno soñó con tomar su sitio en la historia.

Sin querer recordó los primeros balazos, escapando con su hija a la casa de los padres, que izaban la bandera

con champaña y torta de piña, mientras se instalaba muy cerca una trinchera con sacos, una ametralladora punto 30 y cuatro infantes de marina. Recordó a su padre paseando silencioso por el jardín, su desconfianza en los militares y la súplica de guardar silencio. Se instaló en su cuarto juvenil y tomó la vieja radio Phillips para buscar en onda corta información sobre lo que estaba ocurriendo, pero las noticias hablaban solo de una sublevación de la Marina y que Allende resistía, así como algunas zonas de Santiago, que se habían cerrado las fronteras y que no había vuelos hacia Chile. Fue al teléfono para llamar a algunas amistades y no había tono. De pronto sintió gritos lejanos: “¡El pueblo unido jamás será vencido!”. Lo siguieron ráfagas y silencio. Ese día y los que continuaron sintió una opresión tan fuerte que le costaba respirar normalmente; aún no llegaba el miedo, pero pronto lo haría.

Recordó que días después, parada frente a una vitrina, le tomaron el hombro. Aterrada, miró por la vidriera sin intentar darse vuelta y vio a un hombre alto, vestido de terno oscuro, moreno, que sonreía de manera amistosa. Las facciones lo traicionaron. Era el Pancho, antes rubio y de ropa desastrada. Iba a un “punto”, intentando no llamar la atención de los agentes desplazados por la ciudad. Esa vez, luego de hacer un corto recuento de lo sucedido, de las bajas, a menos de una semana del golpe, hablaron de la posibilidad del asilo coincidiendo en una frase, “solo las ratas abandonan el barco cuando se hunde”, sin tener claro que tarde o temprano, con más o menos dolor, llegaría ese momento.

Cómo olvidar la generosa vecina que tenía un almacén con los estantes casi vacíos, pero cuando llegaban los productos de la JAP los repartía con riguroso equilibrio, incluso a quienes la despreciaban por ser comunista. Era una mujer de cincuenta y cinco años, que aún lucía la belleza de su juventud, a pesar de una vida anterior difícil. El día que llegaron a detenerla con su esposo y su sobrino fue doloroso.

Más doloroso aún fue verla llegar unas semanas después: traía en su rostro treinta años más, lloraba la humillación de haber sido desnudada frente a su sobrino para que unos jóvenes marinos la vejaran, mientras se reían de su cuerpo y la llamaran despectivamente “comunacha”, a la vez que golpeaban sus pechos con la culata de un fusil en la cancha del Club de Campo de Las Salinas. Nunca más abrió su almacencito, se encerró para siempre a mirar el puerto desde la galería de su casa.

De esos años quedaban pocos amigos, todos sostenidos a punta de postales y largas cartas cargadas de nostalgia. Las fotos de hijos y cortos relatos de encuentros con viejos conocidos, sensaciones de paisajes ajenos, los nuevos y antiguos amores eran la tónica. Ni modo hacer llamadas, esas eran solo para los padres. Cuando alguien descubría un teléfono público dañado que permitía llamadas internacionales con una moneda de cien, se activaban las comunidades de exiliados chilenos, argentinos, uruguayos, brasileros, todos a usar el regalo involuntario de la telefónica. Eran colas enormes, se compartían bromas, cigarros, mate, política y recuerdos a la espera del turno para hablar con amigos y padres.

Sin saberlo y de alguna manera, el exilio la cambiaría. Nadie podía preverlo en las eternas reuniones cargadas de sueños por un país que trágicamente desaparecía al mismo tiempo que los cuerpos en el mar. Nadie podía pensar que la sociedad a fuerza de guerra interna, con estado de sitio prolongado, represiones selectivas y matanzas, quedaría inoculada con el temor al compromiso, a pensar y expresar la diferencia, a la crítica, a lo nuevo, a la palabra escrita y oral, a la imagen insolente, a la libertad. Nadie podía creer que el Chile profundo se sumergiría en esa sociedad orgullosa del orden, de las formas, individualista, clasista y arribista que llevó a la mediocridad, a la necesidad de aferrarse a un mundo que transitoriamente le daría felicidad.

Se dio cuenta de que el aeropuerto seguía siendo el mismo de aquel marzo del pasado. Pequeño, polvoroso, provinciano. Aún circulaban los hombres de terno con sus miradas de sospecha. Era una rara sensación. Casi todo indicaba que la dictadura estaba presente, aunque por las rendijas se asomaran ciertos signos que anticipaban el fin de los años de terror, abusos y saqueos sin límites.

Evitó que la emoción la delatara. Miró las grandes maletas que volvían con las mantas mapuche, las mismas que partieron ese marzo y que acompañaron durante once años alegrías y tristezas, juegos, bailes, reuniones. Esta vez no regresaban solas, estaban acompañadas de nuevos recuerdos que traían olor de afectos construidos en tierras mágicas. Miró el entorno y vio que no era la única que tenía tantas maletas; otros traían la misma sonrisa y las mismas esperanzas escondidas en alguna parte de sus valijas.

La zona de llegada estaba llena de miradas ansias y cómplices. Se veían ojos llorosos, niños saltando y abrazos palmoteados, tan chilenos como la cordillera. Emocionaba la esperanza en cada rostro. Tal vez ninguno se daba cuenta de que irremediamente todo había cambiado; incluso el retorno cambiaría de nuevo las vidas y muchos partirían por segunda vez a un exilio definitivo.

La esperaba solo un primo y la madre. Abrazos y muestras de felicidad que escondían cuentas pasadas antecedieron a preguntar: ¿cómo estuvo el vuelo? Había que guardar las impresiones del momento, así como las razones de la vuelta. Fervorosos pinochetistas como antiizquierdistas, pero familia al fin, se dijo. Así que, una vez subidas las maletas al vehículo, partieron a la que había sido su casa en los años de pelos largos, minúsculas minifaldas, pantalones pata elefante, camisetas mostrando el ombligo y miles de amigos coléricos, *hippies* que asustaban a la madre con sus aspectos y lenguaje que ofendía a la Real Academia.

Los amores duraron lo que podían durar. Las cenas familiares comenzaron a desnudar la molestia que causaba

su presencia. Las ironías y las preguntas capciosas repetidas una y otra vez la llevaron a buscar dónde vivir. Aún estaban presentes los silencios que marcaron las opciones políticas, la persecución y el exilio. Se dio cuenta de que los años fuera del país generaron la pérdida de redes sociales y, aunque podía pagar varios meses de un buen arriendo, no tenía aval. La familia era inservible. Esperaban que volviera al exilio porque era molesta su crítica, su forma de vestir, sus modos de vida. La consideraban conflictiva, comunista, causante de problemas a su vieja madre que cada cierto rato le recordaba que pronto partiría de viaje, dejando su enorme casa desocupada y que no podría utilizar por irresponsable. Era el Chile dividido y resquebrajado, incluso al interior de las familias.

Tanta fue la emoción y la pasión por vencer los obstáculos, que tuvo su efecto y consiguió un lindo chalecito en los faldeos cordilleranos. No había muebles; solo sus camas juveniles, unos sofás antiguos, unas sillas de principio de siglo regaladas por inservibles y nada más. Lo primero que instaló fue una pequeña radio que sonaba todo el día. En la mañana la despertaban los noticieros mientras movía el dial entre Cooperativa, Nuevo Mundo y Portales. En unas canastas peruanas destinadas a la decoración, comenzaron a acumularse diarios, revistas y un sinnúmero de panfletos que recogía para entender y profundizar en el nuevo país. Cada día organizaba su ronda de entrevistas, los encuentros con colegas que la ponían al tanto y la hora de una copa de vino para hablar en serio de política, economía o ir al cine. Y por la noche, con un sorbo de ron que la ayudaba a pasar el frío cordillerano, escribía presurosa en la vieja Underwood, pensando que el jueves debía despachar el reportaje o entrevista a primera hora desde Telex Chile.

No resentía haber cambiado la cómoda vida en el hermoso barrio de Bogotá por la casita en las estribaciones andinas, donde el frío en las noches congelaba y las sábanas en la madrugada herían como filo de navaja. El calefón

era una locura. Explotaba cada vez que estaba atrasada y era tan viejo que alcanzaba a bailar una canción completa mientras calentaba el agua. Por la mañana el Renault 5 heredado se negaba a partir si no le lanzaba una tetera con agua caliente al motor y el mecánico recomendaba que le prendiera el “chupete” para que no se “ahogara” con los desesperados intentos de acelerarlo. A pesar de esos molestos aspectos de la vida cotidiana, miraba la cordillera y sentía latir la fuerza telúrica que la encadenaba a esta tierra y su historia. Inevitablemente recordaba a quienes no habían llegado a esos días, y con mayor intensidad trataba de recuperar la pasión perdida y volver a sentir las ilusiones juveniles, eso que despectivamente llamaban el voluntarismo, que no era más que hacer un esfuerzo superior de voluntad por el que a veces se perdía la realidad para lograr el objetivo.

No tardó mucho en sentir la irremediable fragmentación político-social. Con cariño recordó eternas discusiones sobre la violencia que en esos años dominaba al continente. La reflexión concluía siempre con el colofón: el daño se extendería como un espiral sin fin en todos los países que vivían guerras o dictaduras, y los efectos políticos y simbólicos dejarían profundas cicatrices que al más leve roce se abrirían brotando de ellas otras nuevas. Chile, al igual que en el resto de los países al sur del Río Grande, había vivido la “guerra interna”, el bando ganador bombardeó, ejecutó y dejó al bando perdedor sin derecho a recursos legales, solo con juzgados militares en tiempo de guerra para legitimar la muerte. Ellos impidieron realizar los funerales de los perdedores, legitimaron la tortura, la desaparición de quienes tenían voluntad de resistir al genocidio. Chile había vivido una guerra decretada por quienes necesitaban saquear el país. Pasamos de la utopía, el sueño luminoso de un mundo mejor, a la distopía de una dictadura bárbara que a la fuerza se introdujo en el ADN social.

En ese nuevo Chile, retomar viejas amistades era una tarea difícil. Todos habían cambiado. Unos se empobrecieron y otros prosperaron gracias a darle la espalda a la realidad. Ambos sentían la misma rabia, molestia e incluso envidia por quienes volvían del exilio. Y ella era una más de las que “retornaban”. Las razones del rechazo eran diferentes; unos acusaban la renuncia y abandono a un compromiso que ellos sí habían cumplido y estaban marcados por el dolor. A los segundos les molestaba el retorno tras un “exilio dorado” que llegaba a instalarse para imponer ideas nuevas, mientras ellos tuvieron que callar, mirar para el lado, olvidar y seguir adelante. Dolía, no todos habían vivido el exilio dorado del que hablaba la dictadura. La mayoría había pasado penurias económicas y desarraigo, y en el intento de resistirse a otra cultura por temor a perder la propia, habían terminado relaciones de pareja y con los hijos. Pero era cierto en un punto: resultaba imposible volver con las mismas ideas y costumbres, aunque para muchos el viejo país seguía rondando en el imaginario.

Le dolió descubrir que los cambios no eran solo cosméticos, pues también el lenguaje se había transformado y que la palabra “compañero” había desaparecido al tiempo que las llamas consumían La Moneda. Que resultaba molesto al oído de la izquierda renovada, no estaba dentro del léxico aceptable. Que la palabra pueblo fuera incómoda para algunos círculos, sobre todo entre los académicos de izquierda. Ni hablar de la palabra revolución, causaba risa, burlas y a los oídos más sensibles de la nueva izquierda ocasionaba disgusto. Se dio cuenta de que en el nuevo país una hegemonía intentaba acomodar la historia renegando de un pasado, a pesar de que ese pasado se negaba a desaparecer del todo.

Era la última década del siglo xx y el empobrecimiento de la población superaba a la pobreza de la década de los sesenta y la brecha era escandalosa. El ingreso del quintil



más rico era veinte veces superior al más pobre. Los nuevos ricos habían dejado Providencia para concentrarse en el pie cordillerano, convertido en el Beverly Hills criollo, donde crecían mansiones de dudoso gusto. Al otro lado de la ciudad se hacinaban allegados y algo similar ocurría entre las familias de clase media. A simple vista quedaba claro que el tan halagado “milagro económico” era de oropel, solo riqueza basada en la explotación humana y de recursos naturales gracias a la falta de control y contrapesos y la generosidad del dictador. Se decía que todos los generales tenían fundos. Más tarde, en una entrevista se enteraría de que un general llegó a tener siete fundos, todos expropiados a campesinos que habían organizado cooperativas productivas con tierras entregadas por la Reforma Agraria y expulsados bajo la ley del terror. Manuel Contreras y Pedro Espinoza, quienes habían dirigido la represión desde la DINA, eran propietarios de sendos fundos gracias a sus buenos oficios. Se decía que el yerno del capitán general no solo había saqueado a la Corfo, con la anuencia de su suegro dictador pidiendo dos préstamos para invertirlos en cabezas de ganado, dinero que nunca devolvió, sino que usó las tierras del Complejo Maderero Panguipulli para alimentar a los animales, además de otros negocios que terminaron en la quiebra. A pesar de su escasa habilidad en esas artes, su generoso suegro le regaló la empresa estatal Sociedad Química y Minera de Chile, Soquimich, donde llegó como director, en 1981, a encargarse de la privatización, convirtiéndose de la noche a la mañana en su principal controlador bursátil. Mientras él y otros se enriquecían y apropiaban de los bienes nacionales, gracias a las relaciones privilegiadas con el dictador o con algún alto general, el Chile real vivía penurias, hambre, desempleo, bajos salarios, opresión y muerte.

La dificultad de ser periodista corresponsal y tener pasado la encontró en el primer intento de ingresar a La Moneda. Dos carabineros franquearon el paso, pidieron

credenciales que llevaron a la oficina de recepción. Un civil volvió a preguntar el objetivo para ingresar. La respuesta fue simple: “Soy periodista corresponsal autorizada por Dinacos”. Otro civil vino a decir: “Señorita, usted no puede ingresar a este recinto”. La misma respuesta tuvo en diferentes ministerios. Trató de no pensar y simplemente recurrir a colegas que tenían acceso a La Moneda o pararse horas frente a ella a ver quiénes entraban o salían e interpretar políticamente esos movimientos. A los Tribunales de Justicia se podía ingresar, aunque conseguir alguna entrevista era imposible. El único que lo hacía era Pablo Honorato y los colegas de *El Mercurio*, que se movía como pez en el agua y contaba con una cofradía de periodistas que lo rodeaban como estrella, aunque todos sabían que sus poderes emanaban de la cercanía con el mundo militar, cuya relación con los diarios y canales de tv y el poder judicial era fluida. *El Mercurio* junto a *La Tercera* habían sido los únicos medios autorizados a circular el día 12 de septiembre de 1973.

Entre las curiosidades de aquellos días de tanta actividad periodística había personajes increíbles, como el caso de un supuesto periodista de la agencia ORBE, de la Dinacos, al que lastimosamente nadie le hablaba. Era frecuente verlo en todas las conferencias de prensa de izquierda. Siempre silencioso con su grabadora, comía y tomaba café ansiosamente sin jamás hacer preguntas. No se sabe si alguien supo su nombre, solo le llamaban de manera burlona “el periodista”. Desapareció con la llegada de la transición.

### Un año de emociones

Ese año, 1989, serían las primeras elecciones tras casi diecisiete años de ostracismo y proscripción política. Se medirían las fuerzas que habían quedado suspendidas la mañana del 11 de septiembre de 1973, siendo proscritos todos los partidos de izquierda a través del bando N° 77

del 13 de septiembre de 1973. Era extrañamente emocionante, se sentía la efervescencia política, pero, a la vez, las amenazas y crímenes de la CNI estaban presentes.

En las poblaciones obreras se vivía un clima beligerante. Era habitual ver jóvenes encapuchados portando armas hechas que llamaban a la lucha armada. Se trataba de los que habían tirado y pateado piedras, tragado gases y escapado de las balas en los días de protesta nacional. Eran los herederos desideologizados de quienes arriesgaron su vida en tomas de terrenos, crearon campamentos que luego se transformarían en poblaciones obreras y vivieron con pasión los tres años de gobierno popular, resistiendo una y otra vez la violencia, incluso el mismo 11 de septiembre. Esos jóvenes y su rabia contra el sistema no comprendían una vuelta a la democracia sin justicia y soñaban alcanzarla con sus manos. Eran una molestia para la escena política que vendría. Estaban en la periferia y no se tomaban en cuenta sus razones para dudar de un sistema que desconocían; habían nacido y crecido en una dictadura que los mantenía en permanente estado de violencia. Ajenos a ese mundo, quienes dirigían la futura democracia tenían su foco en las negociaciones a puertas cerradas con la dictadura cívico-militar, cuya Constitución era un cinturón de castidad para cualquier proyecto democrático de cambio porque permitiría la continuidad material de la dictadura con la figura de senadores designados, conformados por hombres de confianza del dictador y la derecha política, instigadora del golpe de Estado y activa participante en las políticas durante esos diecisiete años. Les aseguraban impunidad al dictador y sus cercanos, al dejarlo de comandante en jefe y luego como senador vitalicio. La Constitución mantenía la proscripción de la izquierda en la política con el Partido Socialista, Partido Comunista, MAPU, Izquierda Cristiana y el MIR. Incluso se había detenido al excanciller de Salvador Allende, el socialista Clodomiro Almeyda, cuando intentó ingresar arriba de una mula desde Argentina. Algunos otros

dirigentes de izquierda seguían manteniendo acusaciones en la Fiscalía Militar, con la L en el pasaporte que significaba estar limitado para ingresar al país.

Para doblarle la mano a la dictadura se crearon partidos instrumentales con el fin de llevar candidatos a la Cámara y el Senado. El Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS) acogía al Partido Comunista, a sectores no renovados del Partido Socialista, al MIR, a la Izquierda Cristiana y sectores del MAPU. El Partido Por la Democracia (PPD) a independientes de izquierda, al Partido Socialista de Núñez, el Radical y sectores del MAPU. Las calles del centro se poblaron de mesitas de uno u otro sector pidiendo firmas para presentarse al Servel. A las mesitas de la izquierda se sumaban las de la derecha, concentrándose estas en Providencia. Luego aparecieron las mesitas con los candidatos a la presidencia. El exministro de Hacienda, Hernán Büchi Buc, hombre huraño y extraño, a quien no le gustaban las entrevistas ni las preguntas al paso, parecía odiar a la gente. Su pelo tenía aspecto sucio, vestía ropa arrugada y representaba a la UDI, que intentaba presentarlo como revolucionario arrepentido filtrando la historia de una supuesta militancia en el MIR a su ingreso en la Escuela de Ingeniería Comercial de la Universidad de Chile. Era falso como gran parte de lo que se hablaba y presentaba de él, algo propio de las campañas de derecha. Intentaron mostrarlo como un hombre sensible, ecologista, amante de la naturaleza y de profunda sensibilidad. En la mitad de la campaña, en medio del alboroto que significaba la elección presidencial, la abandonó por un retiro en la montaña; se dijo que el candidato había entrado en una crisis existencial, que nadie sabía si volvería o se retiraría de la contienda electoral. Era otra artimaña de una derecha que se reconocía perdedora en las urnas. Por mucho que se disfrazara, Büchi tenía pasado de ultraderecha, ministro de la dictadura y miembro del estrecho círculo de los *Chicago boys*, ellos lo habían llevado a las puertas del dictador y desde ahí se proyectó como el genio de la economía “social

de mercado”, que no era más que un capitalismo neoliberal basado en la especulación financiera, el extractivismo de recursos naturales y la prestación de servicios.

El fenómeno político fue, el hasta entonces desconocido, Francisco Javier Errázuriz Talavera. Su nombre olía a la más rancia oligarquía y como hombre ambicioso se parapetó tras el populismo investido de apolítico, aprovechando el desprestigio a la política creado por la dictadura. Se presentó como el único candidato puro, sin pasado, solo apoyado en su fortuna. Para darle cuerpo a su campaña creó el partido Unión de Centro Centro, usó el seudónimo de Fra-Fra y explotó la imagen de padre ejemplar mostrando a su extendida familia en cada salida pública. Rubio, de ojos claros, enjuto, bajo de porte y peinado a la gomina, hablaba muy rápido por una tartamudez infantil que comentaba sin complejos. Justificaba su fortuna personal contando que había comenzado con un pollito y los había multiplicado hasta convertirlos en un próspero negocio, replicando la parábola de Jesús multiplicando los peces. Era un personaje exótico en un país considerado políticamente serio y manjar de los dioses para los periodistas. Su programa presidencial rayaba en lo absurdo: proponía terminar en cinco minutos la Unidad de Fomento (UF) —índice de reajustabilidad que entrega el Banco Central para las operaciones de crédito— que por esos años afectaba a los deudores habitacionales. De a poco se fue conociendo el verdadero origen de su fortuna y su debilidad por los negocios poco claros. Durante la Unidad Popular se fue a Ecuador —refugio de la ultraderecha que se amparó en la hospitalidad del dictador corrupto José María Velasco Ibarra— y aprovechando el dólar preferencial en Chile lo multiplicó instalando una fábrica de telas. Con la dictadura instalada (1975), regresó y compró tierras baratas gracias a las condiciones miserables de comunidades mapuche en Valdivia. Se dedicó a la importación y con un préstamo compró a la Corfo a un precio vil el Banco Comercial

de Curicó, cambiando su nombre por Banco Nacional. Con los recursos disponibles de los trabajadores creó las AFP PlanVital e Invierta y así sumó otros varios negocios que prosperaron gracias a la sangre revestida de “milagro económico”.

Por la oposición la única alternativa era la Democracia Cristiana, partido que había formado parte de quienes fraguaron el golpe de Estado y un sector relevante de la tienda estuvo con la dictadura hasta el final. Ellos llevarían el candidato a presidente. Se barajaron dos nombres, Gabriel Valdés Subercaseaux y Patricio Aylwin Azócar. El primero canciller de Eduardo Frei Montalva, director del PNUD de las Naciones Unidas, había mantenido una activa oposición a la dictadura militar llegando a ser custodiado por el FBI, en su departamento de Nueva York, los días posteriores al atentado terrorista que terminó con las vidas de Orlando Letelier y Ronnie Moffitt en Washington. El otro, senador que negó la sal y el agua a Salvador Allende, abriendo paso al golpe de Estado, tras ello justificó el bombardeo a La Moneda y las masacres diciendo que el gobierno convencido de su fracaso

se aprestaban a través de la organización de milicias armadas, muy fuertemente equipadas, porque tenían un ejército paralelo para dar un autogolpe y asumir por la violencia la totalidad del poder. En esas circunstancias, pensamos que la acción de las Fuerzas Armadas simplemente se anticipó a ese riesgo para salvar al país de caer en una guerra civil o en una tiranía comunista.

Como era de esperarse ganó el candidato que daba confianza absoluta a Washington, a los militares chilenos y a la derecha. Muy pronto se supo que el grupo de los salvadoreños había robado la elección en la sede de Carmen, adulterando las urnas para impedir la candidatura a presidente de Gabriel Valdés. La noche que dieron los cómputos, los chascones que habían estado en las trincheras

contra la dictadura esperaban ansiosos el nombre de su candidato, pero del sombrero no salió un blanco conejo, sino un sonriente Patricio Aylwin. Ante el apasionamiento y la ira de su sector, Valdés llamó a la calma y reconoció como ganador a quien nunca perdonó.

Así comenzaba la futura democracia: con un fraude. Parte de los hechos de esa noche en que la futura transición corrió riesgos se darían a conocer años más tarde en las sesiones de escritura de las memorias de Gabriel Valdés Subercaseaux.

### Campanas y más

En esos días de fervor político, la justicia y la verdad eran la principal demanda de la mayoría opositora a la dictadura cívico-militar. Aunque el *tufillo* de la traición se sentía en los pasillos de los comandos de campaña. Era notoria la incomodidad de candidatos y asesores en los desayunos, almuerzos, ruedas de prensa y entrevistas cuando se entraba con la pregunta sobre justicia y verdad, un tema relevante que le correspondería asumir al gobierno de transición. Las respuestas eran vagas, generalizaciones, balbuceos y manifestaciones de molestia o demostraban estar ajenas a las prioridades políticas. Quedaba claro que no habría un juicio a los militares, el dictador no se sentaría en el banquillo de la justicia, tampoco lo harían sus compañeros de fechorías ni quienes los acompañaron gustosos esos diecisiete años. No habría un pueblo contándole al mundo los perversos y humillantes métodos destructivos usados para domesticar la rebeldía. Se sentía que el arcoíris era una fantasía bien montada en la ilusión colectiva; ofrecía alegría, era una ilusión simplista diseñada para llegar al dolor de tantas carencias, sufrimientos y muertes, aunque se sabía que muchas expectativas quedarían subordinadas al realismo político de las futuras autoridades.

Por aquel entonces, la Vicaría de la Solidaridad estaba siempre en el ojo de los periodistas. Era el drama que exigía la prensa internacional: madres, esposas o hermanas con las fotos en el pecho recordando que había una deuda pendiente con esos chilenos que habían resistido a la dictadura cívico-militar y esperaban que las promesas ofertadas, justicia y verdad, tuvieran cabida en alguna parte del arcoíris. Era conmovedor escuchar las historias. La madre a la que le secuestraron a su hijo adolescente el día que lo esperaba con torta para celebrar sus diecinueve años. La madre que se emocionaba con el relato que le hacían otros detenidos sobre la valentía e irreductible rebeldía de su hijo, en medio del infierno. Decían que a los desaparecidos los tenían en una isla austral y serían la moneda de cambio con el nuevo gobierno. Otra vez les aseguraron que los tendrían escondidos secretamente en el sur, en una zona aislada y que los liberarían de a poco una vez que se instalara el nuevo gobierno, porque ya no les servirían a los militares, eso sí, estarían en condiciones muy terribles, algunos con amnesia y otros con pérdida absoluta de memoria tras lavados de cerebro. Otras hablaban de la posibilidad de que los tuvieran ocultos en manicomios tan deteriorados que sería muy difícil reconocerlos. Nunca se escuchó a alguna madre o esposa que hubiese perdido las esperanzas de encontrar con vida a su familiar. No podían creer o aceptar el nivel del mal que se había instalado en el país.

Por esos días consiguió una interesante entrevista con Ricardo Lagos. Fue en su oficina de Augusto Leguía. Era austera, un poco oscura, pero la impresionó su personalidad política, la afabilidad, la disposición a hablar sobre cualquier tema, su dominio de la situación internacional, de la economía, su mirada de futuro para el país, las reflexiones sobre el pasado y la necesidad de justicia plena. Al término la invitó a reconocer Santiago, mientras se trasladaba a la sede del PPD en su Volvo. En ese entonces ya tenía un aire



de presidente, solo que las condiciones políticas del país se lo impedían.

En algún momento de ese 1989, la invitaron a colaborar con una ONG que hacía promoción, capacitación y asesoría en lo sindical en la zona sur oriente. Eso le permitiría moverse con cierta facilidad en el mundo sindical y percibir el sentir de un sector que estaba en la periferia política y que tenía grandes expectativas del término de la dictadura. No eran las mismas expectativas que el equipo político-económico de Aylwin tenía en su programa; los acuerdos no solo habían sido con el mundo político militar, sino también con los empresarios que habían participado activamente en la dictadura y que no querían cambios en las reglas del juego, modificar las leyes laborales era inaceptable.

Gracias a una revista encabezada por Ricardo Brodsky y dirigida a quienes vivían en la zona sur oriente, pudo adentrarse en lo poblacional haciendo entrevistas en La Legua, donde la pobreza dura había desdibujado la pujanza política de los años sesenta y setenta. Era la mítica población de la resistencia del día 11 de septiembre, la misma donde se había realizado la primera gran operación de inteligencia de la DINA conocida como operación Leopardo, cuyos resultados fueron secuestros, torturas, asesinatos y desapariciones de jóvenes que habían resistido esa mañana de septiembre. En esos días cercanos a diciembre de 1989, los viejos solo querían olvidar esas frías noches en que fueron sacados de sus camas y arrastrados a un paredón mientras eran golpeados y humillados frente a sus familias. Las mujeres aspiraban a un trabajo para sus hijos, que no sufrieran más represión y la anhelada casa propia para no vivir de allegados en cuartos que no superaban los tres metros cuadrados. Los hijos querían verdad y justicia, además de trabajo y mandar a sus hijos a un colegio. Los nietos, una parte de ellos, estaban sumergidos en el consumo de neoprán, alcohol y delincuencia común; otros tenían retazos de la memoria de sus padres y abuelos, pero solo querían

venganza, no creían en la justicia ni en el nuevo mundo que les prometía el candidato que tenía un mal pasado.

Imposibilitada de sustraerse a la campaña que daría luz verde a la transición hacia la democracia, aceptó hacer unas entrevistas a candidatas y candidatos a diputados por la zona sur oriente. La primera entrevistada fue Laura Rodríguez, mujer entrañable, consecuente, vehemente y de gran empatía. Fue la única que puso el acento en la justicia y la verdad como base fundamental de una democracia estable. Claudina Núñez, militante comunista, de fuerte raigambre poblacional, se refirió a las necesidades de los pobladores y el problema de los allegados. Andrés Palma, demócrata cristiano, chascón, tenía toda la fuerza de su partido en la zona y esperaba un gobierno que terminara con la desigualdad que ponía en riesgo a cualquier gobierno. El economista Carlos Montes, entonces aún MAPU, que había pasado momentos terribles en la DINA, estaba comprometido con afianzar la economía para lograr estabilidad y mejorar las condiciones de los sectores más empobrecidos de su zona, así como reformar la legislación laboral de la dictadura que había atomizado la fuerza político-social de los trabajadores.

Recorrió calle por calle la población La Victoria, zona compleja, que algunos llamaban territorio liberado por su organización y resistencia a la dictadura. Llegó acompañada de un habitante que la conectó con una dirigente, quien la llevó a conocer el sector y le dio la fianza para que no tuviese problemas. Habló con mujeres que de a poco y secretamente fueron narrando sus vivencias, sus pequeños y grandes desafíos a la dictadura, sus dolores ocultos y su reclamo de justicia, en la calle y en la casa, recordaron a sus muertos y desaparecidos. Eran mujeres que llevaban en sus rostros la historia, que a pesar de la dureza tenían chispa y alegría; era emocionante sentir que no se negaban al placer simple de la vida, aunque no olvidaban la pérdida del sacerdote André Jarlan, asesinado por las balas un 4

de septiembre de 1984, en la décima Jornada de Protesta Nacional que intentaba sacar al dictador y terminar con los crímenes. En respuesta, el dictador sacó militares armados, helicópteros y tanquetas para reprimir a un pueblo cansado del abuso, pobreza, mentiras y muerte. Tampoco olvidaban al cura Pierre Dubois, quien había llegado de Dijon, Francia, en los años sesenta a trabajar con el Movimiento Obrero de Acción Católica y se hiciera cargo de la parroquia de La Victoria, donde luego los acompañaría en su resistencia hasta que fue expulsado por la dictadura. En las conversaciones se mostraban molestas por el candidato elegido y miraban con suspicacia la transición que dejaba atrás a tantos que habían dado sus mejores años resistiendo a los militares. No sentían pasión por la campaña que encabezaba Aylwin, pero tanto había sido el sufrimiento que estaban dispuestas a votar por él.

Si bien los años duros habían cambiado la cultura, la política y las relaciones humanas, en esas mujeres se sentía ese pasado y su fuerza aguerrida las llevaba a defender lo suyo y pelear contra la violencia, incluida en los hogares, donde el machismo les afectaba no solo a ellas, sino también a sus hijos, que sin darse cuenta repetían patrones. Habían llegado de niñas junto con sus padres y en las orillas del Zanjón de la Aguada armaron sus viviendas con latones, pedazos de maderas y cartón. Allí convivieron con guarenes, ratones, moscas y aguas servidas que mataban a niños y ancianos en los inviernos, cuando los temporales desbordaban el Zanjón, inundando los remedos de casas. Recordaban con pasión los tres años de gobierno popular, la comida que nunca les faltó y la posibilidad de darse pequeños lujos: radios, televisores y refrigerador. Les alegraba hablar de los trabajos solidarios que hacían con estudiantes para mejorar la calidad de vida en la población y superar el analfabetismo. Con humor decían que en esos años lo único que escaseaba era la delincuencia porque el trabajo abundaba; habían organizado las JAP para que no faltaran

alimentos, y la actividad febril de la política había sacado a las mujeres de la casa para integrarse a programas de formación y defensa de su comunidad. Les dolía y reconocían que muchos jóvenes ya no eran los mismos, que la dictadura había dejado secuelas en ellos, que ya no luchaban con sus padres y que algunos habían trastocado valores y principios gracias a las políticas del terror y el hambre.

El porfiado deseo de justicia se sentía tras recorrer barrios obreros nacidos en años de fuertes movimientos políticos sociales. Estaba en los muros, plazas y rostros. Al igual que los signos de la barbarie aún marcados en los edificios aledaños a La Moneda, en las negras tumbas NN del Patio 29, las rejas con candados de Villa Grimaldi y los cientos de rostros en blanco y negro que marchaban en los pechos de sus madres que aún pedían tenerlos con vida: “Se los llevaron con vida, con vida los queremos”.

Tras ese deseo estaba oculto, agazapado, el pragmatismo político. Eran rostros y voces que a coro pedían moderación y realismo desde *papers* bien pagados por ONG alimentadas por la socialdemocracia. Poco se hablaba de la memoria, de esa memoria revolucionaria que describe Walter Benjamin, al entender que lo pasado llevado al presente produce una eclosión que da paso a una sociedad abierta al debate necesario para transformar y sanar las heridas.

### **La impunidad consagrada**

El Poder Judicial se había confabulado para derrocar la democracia por vía de un oficio enviado al presidente de la República, el 25 de junio de 1973, en el cual lo acusaba de distorsionar la ley, disminuir la trascendencia de la tarea administrativa y rebajar la función del Poder Judicial, además de vulnerar la sagrada independencia de este. Durante diecisiete años calló, como siguió callando tras las elecciones de 1990. Calló tras el bombardeo a La Moneda y se regocijó cuando asumió la Junta Militar e invocó el oficio enviado